

El nuevo estado de la nación

LINA MARÍA
AGUIRRE
JARAMILLO

George Washington aparece de pie, vestido elegantemente pero de civil, sin uniforme, sin túnicas reales. Sobre la mesa una pluma y un tintero, y su mano extendida en su función de guía para la joven república. Es el retrato que hizo Gilbert Stuart en 1796 del héroe de la batalla independentista y primer presidente de Estados Unidos de América. En su época se hicieron muchas pinturas y esculturas del general pero este es *el retrato* de Washington que recoge las ideas fundacionales del país: la esperanza, el poder no heredado sino obtenido por consenso, el líder elegido popularmente, la vocación democrática. Han pasado casi 220 años de aquel momento y en Estados Unidos bien vale la pena preguntarse qué ha sido de aquel “progreso hacia la felicidad política” que Washington asemejaba a un “camino por tierra virgen”, en una carta a la historiadora inglesa Catharine Macaulay Graham.



Un fragmento de dicha carta (fecha el 9 de enero de 1790) está inscrito en la parte superior de la pared en donde se exhibe la pintura, en la sala dedicada a la colección America's Presidents de la National Portrait Gallery en Washington DC, el distrito capital de Estados Unidos. Es la imagen que “mejor representa lo que Washington significó para nosotros cuando éramos una nueva nación y lo que continúa significando para nosotros en el siglo XXI [...] Es la pintura que está en igualdad de importancia con [los] documentos sagrados”, dice la ficha curatorial, concluyendo con la admonición de que es “el Washington que sostiene nuestro propósito nacional [y el que] cada generación de estadounidenses necesita redescubrir”.

En realidad, toda la galería es relevante para revisar tal propósito por parte de nacionales y extranjeros. La National Gallery se encuentra unida al American Art Museum en una misma institución que hace parte de la reconocida red de museos y centros culturales Smithsonian. Así que una visita comprende un amplio recorrido por “las historias” de Estados Unidos: aquella que cuentan las artes visuales de los últimos 300 años en el país, durante los cuales el trabajo de muchos autores ofrece una ventana de estudio a la “experiencia de Estados Unidos” como tema individual

y colectivo; y aquella que rastrea a los individuos que han dado forma a la cultura del país, un grupo diverso de literatos, empresarios, visionarios, científicos, villanos, rebeldes, luchadores, gente del cine y del entretenimiento, deportistas y, por supuesto, mandatarios.

Todo esto entrelazado con la creación privada y la vida pública: “en donde las artes nos mantienen en compañía de gente notable”, como propone la institución, que además tiene un activo calendario de exposiciones temporales con temas tanto alrededor de su colección como otros ligados a nuevas formas de expresión artística mediante instalaciones, fotografía, video, materiales web y obra en exteriores. Si se ingresa por la entrada de la calle G, por ejemplo, se encuentra afuera una escultura de un vaquero a caballo y con pistola al aire (no es un monumento a ningún presidente).

Si se usa la entrada principal, por la calle F, en el ala este, se encuentra con la sección American Origins. El embrión del país que se forma entre influencias europeas, ímpetus nativos, apremios económicos, riquezas propias y, por supuesto, batallas. La muestra es exhaustiva en personajes y eventos catalizadores que dan sentido a esos orígenes y a lo que ha seguido hasta hoy en el vasto territorio estadounidense: desfilan los generales Lee y Grant (también expresidente); emergen las mujeres, como Eleanor Roosevelt, quien transformó su rol de primera dama y anfitriona de la Casa Blanca por el de activista de causas sociales, o Harriet Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tom*, considerada una obra seminal en la toma de conciencia en contra de la esclavitud; el genial Samuel Clemens —Mark Twain—, recreando la vida estadounidense río abajo y arriba del Mississippi, a veces en tono grave, otras cómico, y siempre con una punta afilada para chuzar el ego patrio en sus pretensiones de superioridad y arbitrio moral.



Pocahontas

Anónimo. Después de 1616

Retrato de la princesa indígena que se convirtió en una heroína al salvar la vida, según se cree, del colono inglés John Smith. El retrato fue hecho en Inglaterra, a donde viajó Pocahontas después de convertirse al cristianismo y contraer matrimonio con el inglés John Rolfe.

Cortesía National Portrait Gallery - Smithsonian Institution

También está la tripulación del Apollo 11, un grupo titulado “Hombres del progreso”, y un despliegue de quienes han materializado notables desarrollos tecnológicos, como Thomas Watson, “un soberbio vendedor con instintos emprendedores”, fundador de IBM. Una imagen de Pocahontas, la princesa indígena y heroína, llama la atención sobre los distintos tipos de interrelaciones entre la población indígena y los colonos británicos, en un retrato hecho en Londres, de autor desconocido y, como es de esperarse, no *disneyficado*.

Al seguir el recorrido hasta el tercer piso, las paredes pasan a ser ocupadas por hombres y mujeres notables del siglo xx, y de los experimentos con la electricidad se pasa a los de la computación. Bill Gates, el fundador de Microsoft, ya tiene allí su lugar. Un salón está dedicado a la “lucha por la justicia”, con Martin L. King a la cabeza. En otros espacios se examina el papel de la naturaleza como inspiración artística y como símbolo de novedad y riqueza del país, e iconos como Bruce Springsteen y Katharine Hepburn conforman una apreciación acerca del peso de la cultura pop en esa “América” que también es producto de indiscriminada diseminación internacional.

De vuelta a la sala de los presidentes, Bill Clinton aparece decididamente colorido y posmoderno. En un documental, Ronald Reagan pronuncia su famosa línea en Berlín en 1987: “¡Señor Gorbachov, derribe este Muro!”. No lejos de Washington está Lincoln. Precisamente, el edificio que desde 1968 ocupan la galería y el museo fue el lugar de su baile inaugural como 16º presidente en marzo de 1865.

Este es uno de los primeros edificios públicos construidos en la ciudad y, a juicio del escritor Walt Whitman, “el más noble de Washington”. Con pórticos levantados siguiendo el modelo del Partenón en Atenas, es ciertamente un escenario apropiado para indagar en la narrativa de Estados Unidos como nación. No solamente como una sucesión de eventos y protagonistas sino también como una pregunta constante acerca de su idea y representación de aquellos valores que define como pilares de su sociedad, una en la cual la libertad de expresión, la tierra de oportunidades, el sentido de unión desde todos los puntos



George Washington
Gilbert Stuart - 1796

Conocido como el “retrato Lansdowne”, se convirtió en la imagen más significativa y difundida de George Washington, el general que lideró la independencia de los Estados Unidos y su primer presidente. Es también la pintura que muestra lo mejor del arte del renombrado pintor. En la composición son importantes las alegorías a la fundación de la joven nación, al gobierno democrático —no monárquico— al nuevo tiempo de esperanza con el arcoíris del fondo que, en la ficha de la primera presentación pública del retrato en 1798, indicaba que las “tormentas han amainado”.

Cortesía National Portrait Gallery - Smithsonian Institution

cardinales y el orgullo nacional se funden en un abultado imaginario en el cual son también conocidas las exageraciones de grandeza.

Las ideas sobre la nación y el carácter estadounidense resuenan en textos expuestos como este, sobre los tiempos convulsos del siglo XIX:

Antes de la Guerra Civil, los Estados Unidos se convirtió en un amplio laboratorio de experimentación acerca de cómo obtener una sociedad justa a través de reforma individual y social. Inspirados por una religión que predicaba la salvación mediante las buenas obras, los estadounidenses descubrieron todo tipo de formas —desde resurgimientos religiosos hasta la reforma de la abstinencia— para darle un propósito moral a sus vidas. Gradualmente, estos movimientos reformistas se fusionaron sobre el tema del esclavismo. En el norte, conceptos cambiantes acerca de los derechos individuales hicieron que muchos más rechazaran la idea de que una sociedad democrática podía permitir la esclavitud. Contratando, los líderes sureños argumentaron que el gobierno federal no podía estar por encima de los derechos individuales en los estados [...] Hacia mediados de la década de 1850, la situación estaba tan incendiada que no fue posible un acuerdo y la nación pasó a enfrentar una cuestión que había evitado por largo tiempo.

Este otro texto introduce la transición al siglo XX y el cambio de agenda nacional:

La creencia estadounidense en reforma [y] progreso [...] recibió un duro golpe con el estallido de la guerra en Europa en 1914. Muchos habían tomado como artículo de fe el que las naciones no tendrían más que recurrir a la guerra para resolver sus diferencias, aunque Alemania había sido percibida como una amenaza [...] Wilson se aferró al principio de la neutralidad estadounidense, pero fue obligado a proteger los intereses marítimos y comerciales [del país] a medida que fue avanzando la guerra, cuando estos fueron interferidos por Alemania y Gran Bretaña [...]

La desilusión que acompañó el comienzo de la I Guerra Mundial, reemplazado con el entusiasmo e idealismo que acompañó la

entrada de los Estados Unidos a la guerra, regresó al final. Los Estados Unidos y los Aliados ganaron pero no fue, como Wilson había proclamado, la “guerra para terminar todas las guerras”. Su esperanza de una paz duradera, protegiendo la soberanía de todas las naciones en lugar de castigar las vencidas y su visión de la Liga de las Naciones no sobrevivió a las realidades de la política internacional.

Los estadounidenses abandonaron el idealismo [...] Muchos, entonces, volcaron su atención a los asuntos más mundanos de hacer dinero, consumir bienes producidos masivamente y sumergirse ellos mismos en la cultura popular.

Aquí se sitúa el arte a partir de la mitad del siglo XX y la revigorización creativa con temas humanísticos y políticos:

Con un telón de fondo post-II Guerra Mundial, del resurgimiento cultural en la música, el teatro y el cine, así como con la paranoia de la guerra fría y un creciente activismo en relación con los derechos civiles, la Guerra de Vietnam, el feminismo y otros movimientos, artistas de la mitad del siglo XX desafiaron el estereotipo de una vida estadounidense homogénea [...] Muy conscientes de su desdén por la tradición, estos artistas escogieron explorar la imaginería figurativa deliberadamente [...] sus obras explotaron los temas y estéticas de su generación.

Por último, F. Roosevelt, en una alocución radial del 7 de abril de 1932, señala: “Estos tiempos tristes hacen un llamado a... planes... que construyan desde abajo hacia arriba y no desde arriba hacia abajo, que pongan nuestra fe una vez más en el hombre olvidado en la base de la pirámide económica”. Estas palabras resuenan en 2015, cuando en Washington, como en otras grandes ciudades estadounidenses, miles de personas (un promedio de 610.040 diarias) pueblan las calles sin techo ni rumbo fijos. *Homeless* en los paraderos de autobuses, en las bancas de los parques, en las orillas de las fuentes, bajo el alero de alguna tienda lujosa, o tirados en los andenes. A veces cargando maletas viejas, a veces con carritos de supermercado, escarbando entre los contenedores de basura, y otras pidiendo dinero con voluntad



de retribución, como un joven veterano de Iraq en el sector suburbano de Georgetown. Algunos están visiblemente pasados de alcohol y drogas, otros van simplemente moviéndose de un lado a otro con una expresión que parece cargar todos los tiempos tristes del país.

¿En dónde ha quedado el experimento de la sociedad justa? Según el movimiento Occupy, engullido por los bancos y grandes corporaciones que representan el 1% en la cima de la pirámide. Hasta hace unos años, la repetida frase de Clinton, “The economy, stupid”, era la respuesta a cualquier programa político: la economía va bien y la población se predispone mejor ante el gobierno. Pero ahora, incluso con índices de empleo y producción más positivos en términos generales, un cierto aire de descontento permea muchos rincones de la nación, como ha podido comprobar el ocupante principal de la casa insignie en el número 1600 Pennsylvania Avenue, el presidente Barack Obama, el 4 de noviembre de 2014.

Ese día se llevaron a cabo las elecciones legislativas y Obama, quien había dicho que eran también sus políticas las que estaban a examen, recibió con su partido una fuerte paliza. Los demócratas no tienen hoy el control de ninguna de las dos cámaras y han perdido gobernaciones incluso en estados “suyos”, como Maryland o Massachussets. El diario *The Washington Post*, uno de los más antiguos del país (rescatado de la casi segura quiebra por Jeff Bezos, el dueño de la enorme tienda virtual Amazon), es una de las fuentes indiscutibles de cualquier intento de leer la política

estadounidense. Un vistazo a titulares de octubre y noviembre de 2014 da la idea del panorama:

“El control del Senado, el legado de Obama, están en la cuerda”.

“Por qué el electorado de este año es tan favorable a los republicanos”.

“Los viajes de una enfermera provocan una reacción en cadena de precaución [...] escuelas en dos estados se cierran [...] las tiendas se quedan sin líquidos antibacteriales”.

“Una epidemia de ansiedad y miedo golpea a los estadounidenses en medio del brote de ébola”.

“Los republicanos están atrapados en el pasado”.

“Los demócratas no tienen ideas”.

“Dispersando fantasías libertarias”.

“¿En qué se equivocó Obama?”.

“El poder de odiar a Obama”.

“Adolescente de 16 años arrestado con bombas, pistola, planeaba matar en su escuela, dice la policía”.

“La prohibición de viaje por ébola es popular políticamente. Pero no se está practicando”.

“La cruda diferencia entre lo que comen los niños pobres y los ricos”.

“Hay un estado en el cual los miembros de un sindicato están realmente votando por los republicanos”.

“Cómo negocia con el mundo un Estados Unidos polarizado”.

“Inusual ruptura en el decoro de Washington hace ver las relaciones agrias con Obama”.

“¿Un Obama impávido?”.



Abraham Lincoln
Alexander Gardner, 1865

Una de las imágenes más significativas del presidente y la última fotografía que quedó antes de su asesinato. La grieta que quedó en el negativo de vidrio usado por Gardner se ha interpretado como una señal del destino que le esperaba a Lincoln.
Cortesía National Portrait Gallery - Smithsonian Institution

“Obama está asustando a las mujeres”.

“Obama, el presidente paria”.

Miedos generalizados, menores de edad con armas, las relaciones internacionales, la creciente intensidad de la división azul (demócrata)-roja (republicana) del mapa estadounidense, la cuestión de un presidente que el pasado 20 de enero de 2015, cuando cumplió seis años de haber tomado posesión en una ceremonia sin precedentes, no podría haber repetido su discurso inaugural, plebiscitario de esperanza afirmativa del lema “Yes, We Can”: sus índices de aprobación están en una franja de 38-42%, antiguos colaboradores, como Leon Panetta (exsecretario de Defensa y exdirector de la CIA), lo han criticado abiertamente, y en una de las mejores vitrinas del pensamiento progresista del país, la cartelera del café *Freedom of Speech* en la universidad de Berkeley en California, referencia clave del Movimiento Libertad de Expresión, Obama es señalado como culpable de muchos

males graves, incluyendo el de espionaje de comunicaciones privadas de ciudadanos.

Ni siquiera el relevo de tantas sillas de congresistas puede decirse que anime particularmente alguna corriente idealista. Washington conserva la forma de diamante del trazado original que deja ver perfectamente las líneas concatenantes entre el poder legislativo y el ejecutivo. Por un lado, el imponente capitolio está en obras y quizá la reparación necesaria no es solo exterior. Por otro lado, más allá de la larga avenida, el National Mall, en la Casa Blanca, el despacho presidencial recibe cientos de cartas de niños. Precisamente la librería de la National Gallery tiene la compilación editada de esas cartas. Algunas son genuinamente divertidas: “Señor Presidente, ¿podría hacer usted una ley para que el chocolate sea considerado una verdura en este país?” y otras obligan hoy a una lectura que necesariamente inquieta: “Sr Presidente, cuando usted dice que va a cambiar algo, estoy seguro de que así va a ser”; “Sr Presidente, y sobre todo, ¡no más guerras!”.

Como su antecesor del siglo XVIII, Barack Obama inició un camino en busca de la “felicidad política” y casi la prometió, pero no debe ser fácil para el departamento encargado responderle a aquellos jóvenes corresponsales que tal felicidad no existe realmente, ni siquiera cuando la mayoría del país vota convencido de que “sí se puede”. ■

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Investiga sobre temas relacionados con la literatura inglesa, la narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Es docente y escribe para distintos medios en Colombia y España.

Fuentes de referencia

- Adler Bill Sr y Adler Bill Jr. *Kids' Letters to President Obama*. Nueva York: Ballantine Books. 2009
- Fortier, Alison. *A History Lover's Guide to Washington*, D.C. Charleston: The History Press. 2014
- Panetta, Leon - Newton, Jim. *Worthy Fights - A Memoir*. Nueva York: Penguin. 2014
- Voss, Frederick S. *Portraits of the Presidents: The National Portrait Gallery*. Nueva York: Rizzoli. 2012
- Registros Movimiento Occupy Wall Street. www.occupytogether.com
- Registros National Alliance to End Homelessness. Noviembre 2014.
- Registros Gallup - Presidential Approval Ratings. Noviembre 2014.
- The Washington Post. Ediciones impresas y digitales. Octubre-noviembre 2014.